

XIX-8880
80 - un/66

DISCURSO

LEIDO

POR EL

Doctor en Farmacia D. José García y Ramos

AL INGRESAR EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE CADIZ,

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO

Doctor D. Benito Alcina y Rancé.

CADIZ.

—
IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY,

CALLE CEBALLOS, NÚM. 1.



EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Las primeras palabras que mis labios pronuncien en esta ocasión solemne, han de ser encaminadas á mostraros la gratitud que experimento porque os hayais dignado honrar con vuestra presencia este acto de la Real Academia Médica Gaditana, que benévola me ha elegido para representar en su seno á la Farmacia, rama importantísima de la Medicina, que según el nuevo Reglamento ha de contribuir juntamente con sus demás hermanas á completar el frondoso árbol de la Ciencia Médica. Esta es la razón por que me veis llamado á ocupar un puesto para el que no tengo mérito alguno, y que me impone como primera obligación el leer esta Memoria en que he de tratar asunto perteneciente á alguna de las ciencias comprendidas en el difícil Arte de curar.

Es tan extenso el campo que se presenta ante la vista y son tan variadas y de tal importancia las cuestiones que se agitan en él, que la dilucidación de cualquiera de ellas requiere mayor suma de conocimientos de los que yo puedo aportar. Dejo, pues, el campo revuelto de la controversia á entendimientos más ilustrados y desisto de emprender trabajos á que no podría dar cima y feliz tér-

mino. Pero aun hay otra razón; la Ciencia tiene un lenguaje especial, su tecnicismo lo forman un conjunto de voces bien poco sonoras y agradables, cuya significación en ocasiones ni está perfectamente fijada, ni representan ideas claras para los que no están iniciados en el Arte sagrado de los antiguos sacerdotes Egipcios; en una palabra, la Ciencia habla en lengua extraña que no todo el mundo está obligado á entender, y sería corresponder mal á la deferencia con que me honrais, si en este momento escogiera yo un tema para cuyo desarrollo precisara otro idioma que el sencillo, armonioso, elegante y claro Castellano sin mezcla de voces extrañas que lo desnaturalizan y lo afean; bastante le harán perder en hermosura y atildamiento, lo tosco de mi pluma y lo menguado de mis conocimientos gramaticales.

Entrome pues, por los amenos y apacibles dominios de la Botánica, llenos de riquísimos y variados objetos que cautivan la atención y regocijan el espíritu ofreciéndole grato descanso en el apartamiento de las luchas y en la calma que exige á los buenos discípulos de la Diosa Flora.

Diffícil es la elección por la misma abundancia con que se ofrecen á los sentidos agradablemente solicitados; ya la vista descansa sobre la inmensa variedad de formas todas elegantes y todas caprichosas que las plantas presentan, y se admira al encontrar en un solo color, el verde de las hojas, innumerables matices que alejan toda monotonía; ya el oído se encanta con el susurrar de las hojas ó con el murmullo de los vientos por entre las ramas de los árboles; el olfato es halagado por los aromas suaves de las flores ó al aspirar con delicia el aire purificado por la respiración vegetal; el gusto solicitado por apetitosas frutas, últimos adornos que las plantas ostentan, y el tacto recreado por las brisas templadas al influjo del follage, que modera su rigor estacional. Pero no, no quiero digais que me he dejado arrastrar de halagadoras sugerencias, y

que voy aquí á ofreceros los mismos objetos que en hartas ocasiones habeis podido contemplar. Yo aspiro á revelaros bellezas ocultas, á que admireis la infinita fecundidad del Criador de la naturaleza, que hasta en los objetos más insignificantes ha querido esconder cualidades dignas del mayor aprecio. Prescindamos, pues, de la belleza exterior, apartémonos de los objetos que más nos agradan y busquemos lo ingrato y desdeñado.

Allá sobre el tronco de añoso olivo, envuelto en la sombra que proyecta la extensa copa, se divisa un grupo formado al parecer por numeroso enjambre de alados insectos, no alegres y graciosos como las brillantes mariposas, sino tétricos y oscuros, elevando sus prolongadas alas la mayor parte, otros abatiéndolas como si fueran á posarse rodeando al tronco en toda su extensión. Si nos paramos á contemplar sus evoluciones, notaremos una completa inmovilidad, tan solo interrumpida por leves movimientos á impulsos de las ondulaciones del aire. Y es que el grupo cuya actitud nos había hecho incluirle en el reino animal, está plenamente comprendido entre los vegetales á pesar de su aspecto extraño, es una verdadera planta que vive sobre el tronco de los árboles á expensas de sus jugos, odiada por los labradores que la conceptúan una temible plaga. Pues ya tenemos asunto para nuestro estudio, ya se nos ofrece ocasión de probar nuestro aserto; veremos si esprimiendo esta yerba despreciada, podemos sacar siquiera una gota agradable que gustar.

*
* *

Sobre los troncos de los olivos, de los perales y manzanos, de los castaños y de las encinas y de otros varios árboles, se desarrollan diversos arbustos muy semejantes, que ordinariamente se confunden por más que pertenecen á distintas especies del mismo

género botánico, el género *Viscum*, así denominado por la sustancia viscosa ó glutinosa que contienen. Entre estas especies la más importante es el llamado *Visco cuercino* por crecer sobre las encinas, á veces con tal profusión, que según Lemery, en varias comarcas de Italia, principalmente entre Roma y Loreto se encontraban encinas tan sobrecargadas de Visco, que una sola podía dar lo bastante para llenar una carreta.

Considérese la impresión que causaría á la vista la corpulenta encina abrumada por tan enorme cantidad del arbusto parásito, cubriéndola completamente el tronco y escalándole las gruesas ramas, con sus tallos que tiene bifurcados en forma de horquillas, entrelazándose y retoreciéndose unos con otros, sus hojas pareadas de color verde pálido ó amarillento gruesas y carnosas de punta roma con venas que recorren todo su largo, aumentando su raro aspecto el color pardo rojizo de los tallos que son redondos y del grueso de un dedo y el no aparecer las raices que se introducen perforando la corteza en busca de la sustancia del árbol. Produce pequeñas flores verdosas que salen en los nudos de las ramas y las hay machos y hembras. De estas últimas nacen los frutos, pequeñas bayas blancas ó rojizas parecidas á grandes perlas ó á pequeñas grosellas, lisas y brillantes, llenas de zumo gomoso y espeso, en el cual está suspendida una semilla chata y escotada en forma de corazón. Cuando los frutos están maduros y la semilla en sazón, los pájaros se encargan de hacer las nuevas plantaciones; comen los frutos y no digieren las semillas porque son muy duras, de modo que las espulsan íntegras sobre los árboles en que tienen sus viviendas, donde la nueva planta encuentra condiciones muy favorables para su desarrollo. En otras ocasiones transportan los frutos en el pico y cuando los dejan caer quedan adheridos á las rugosidades del árbol por medio de la materia glutinosa que contienen. Tan luego empieza la germinación del grano, vá la radícula buscando las

hendiduras de la corteza, por las que se introduce para chupar los jugos nutritivos que circulan entre la corteza y el leño, robando así al árbol su sangre vivificadora y produciéndole la estenuación y á veces la muerte.

Machacado el *Visco* cuando está verde, exhala un olor desagradable; su sabor al principio dulce se hace después acre, amargo y nauseabundo. Se ha recomendado usarlo al interior contra las afecciones nerviosas, para fortificar el cerebro, en los ataques epilépticos, en la parálisis y congestiones, así como también para la expulsión de los gusanos; al exterior en cataplasma y emplasto como fundente y resolutivo aplicándolo sobre los tumores. Dicen los escritores antiguos, que los frutos obran como purgantes violentos, por lo que hay que usarlos con precaución por miedo de que produzcan inflamaciones en el tubo digestivo. Pero todas estas virtudes son tan dudosas, que hay quien conceptúa al *Visco* por todo extremo inerte, ó cuando más con propiedades demulcentes. Ya el célebre Beaumé, hablando de la creencia general que había en que el *Visco* verdaderamente activo y muy superior á todos los demás, era el nacido sobre la encina, refiere que los herbolarios que traían la planta al mercado, recojían el *Visco* que encontraban sobre cualquier árbol y despues lo introducían con mucha habilidad en un pedazo de tronco de encina, para hacer creer que allí había nacido, y concluye diciendo "*Heureusement cette tromperie n'est pas d'une grande conséquence.*"

La aplicación más frecuente que ha recibido esta planta, es debida á la gran cantidad de principio viscoso, que en todas sus partes y principalmente en los frutos se contiene: la preparación de la *liga* ó *liria*, sustancia sumamente pegajosa de color verde amarillento cuando está recién preparada, pero que se ennegrece y deseca en contacto del aire, de sabor amargo y olor parecido al del aceite de linaza, y que cuando se echa en el agua vá al fondo sin disolverse en ella. Esta *liria* se emplea para cazar pájaros.

He aquí que hemos hecho conocimiento con nuestra planta, nos hemos enterado de sus costumbres y sorprendido sus secretos, pero se nos ha olvidado lo mejor, su colección de nombres en que posee una verdadera riqueza. Llámase *Liga*, *Muérdago* ó *Almuérdago*, *Arfuego*, *Marajo*, *Visco común*, *blanco* ó *de encina*. Porqué se llama *Liga* nos lo vá á decir con su fácil, elegante y florido estilo nuestro renombrado Dr. Laguna, el cual en sus ilustraciones al Dioscórides le dedica un párrafo que no podemos resistir á la tentación de copiar.

"Confunden los escriptores la liga con la planta de la qual suele comunmente hazerse, por llamarse la una y la otra cosa *ixos* en griego y en latin *viscum*. La planta que nos produce la liga perfectísima y medicinal es una mata viscosa que haze las hojas como aquellas del boj, y el fruto pequeño y redondo: la qual siempre de Verano y de Invierno está verde, y por la mayor parte nace sobre los robles en los quales se vé entretexida: por donde ansí ella como su liga se llaman *Viscum quercinum*. Tiene fuerza de calentar con notable agudeza esta planta y consta de partes aquosas y aëreas. Házese pues de su fruto verde la legítima liga, por diversas maneras, las quales elegantísimamente escribe Hermolao. Hazese tambien y aun sin comparacion mas excelente y perfecta del mismo fruto comido de los tordos, y despues digesto y estercolado: para el qual efecto en Calabria y por todo el Reino de Nápoles, suelen guardar los tordos en jaulas, y allí mantenerlos con la tal grana. Es muy celebrada la liga de esta planta contra la gota coral, y algunos dan á beber los ramos de la mata misma molidos, y con feliz suceso. Hazese semejantemente la liga de cortezas y raizes de otras muchas plantas y árboles, y principalmente de las del Agrifolio, que en Castilla se dice Azebo.

"No contentos los hombres de exterminarse unos á otros con mil traiciones y engaños, y de hazer muy cruel riza y estrago en

mil géneros de animales salvajes y peregrinos, aun inventaron la liga para perseguir los paxarillos inocentísimos que no ofenden á nadie, antes decoran el Universo y con su muy dulce armonía, ordinariamente dan gracias y alaban al Criador del mundo. Sirvense tambien de la liga los hortelanos contra otros muchos animalejos que les cómen y estragan las frutas; porque untando los troncos de las plantas con ella están seguros que ó no subirá el animal, ó subiendo se quedará en la liga enviscado. Empero contra esta sutil industria hallaron otra mayor las muy sagazes hormigas. Porque así como los Capitanes exercitados quando ván á conquistar ajenas y peregrinas provincias, suelen ir proveidos de muchas barcas y tablas, para fabricar puentes sobre los rios siempre que se ofrecieren: ni más ni menos las hormigas prudentes, para pasar sin ser detenidas de alguna liga, ponen muchas pajuelas estendidas unas tras otras como tablones encima della, sobre las quales pasan todas en hilera sin detrimento suyo y con indecible daño del pobre hortelano, al qual hazen salir de tino.”

El nombre más común y usado es el de *Muérdago*, nombre horripilante que arrastra nuestra imaginación representándola involuntariamente aquellos tiempos de la Edad Media, en que los brujos y hechiceros ejercían sus artes mágicas y preparaban sus filtros encantados, en medio de misteriosas ceremonias. Figúrasenos ver al sombrío *Muérdago* asomando sus descarnadas ramas por entre los extraños utensilios que constituían el obligado exorno de la morada del hechicero, posado en uno de sus gruesos ramos el disecado buho, que fija en nosotros sus enormes ojos fascinándonos con su persistente mirada, que parece perseguirnos en todas direcciones. Ya por entre sus hojas se divisa clavado en la pared, extendidas sus membranosas alas, enorme murciélago que se mueve á nuestra vista merced á las oscilaciones de la fosforescente luz que ilumina la estancia. Ya las pequeñas bayas del *Muérdago* asemejan los frutos

del manzanillo cuando se ven á través de las lentes que forman el grueso vientre de vidrio de las redomas del pelícano ó de los gemelos, ó de otros aparatos de alquimia, así como las hojas se confunden con negruzcas pieles de animales disecadas. Y el *Muérdago* también se revuelve dentro de las pucias en que se confecciona salutífero bálsamo ó amoroso filtro, y al mismo tiempo hierven en el fondo de los crisoles preparaciones minerales que le acompañan lanzando aterradores silbidos.

Gran importancia se daba á la presencia del *Visco* en el ceremonial nigromántico; ante él se verificaban los conjuros, los agüeros y las adivinanzas, como presagio de un hado feliz. Y esta preeminencia le viene al *Muérdago* de abolengo, porque ya desde remotos tiempos se le atribuían excelencias sobrehumanas: registremos su historia, pues de ella podemos sacar provechosa enseñanza.

*
* *

Pocos, muy pocos y quizá ningún noble de los que más se enorgullecen de ilustre prosapia, podrá mostrar tan antigua genealogía como nuestro héroe. Bien podemos sostener, afirmar y defender á capa y espada, que de todos cuantos sienten correr por sus venas sangre azul, el primero y principal y el más ilustre de todos es el *Marajo*. Quede esto bien sentado y sépase que ya le encontramos en apogeo registrando las primeras páginas de la Historia de Francia, aun cuando los demás acontecimientos están oscurecidos por la noche de la antigüedad. El país estaba dominado por los bárbaros del Norte, que se habían enseñoreado de sus distintas comarcas: en todas ellas se rendía culto á las divinidades druídicas, y aparece como emblema religioso el *Muérdago*, remedio universal y talismán precioso para aquel pueblo Galo, cuyos templos eran los bosques y la encina su árbol sagrado.

La recolección del *Muérdago* era una de las ceremonias religiosas más importantes, que se rodeaba de gran pompa y solemnidad y se hacía ante todo el pueblo congregado para este fin, en el día sexto de la Luna. Conducían al pié de la encina dos toros blancos cuyos cuernos se ataban por primera vez: el sacerdote, vestido completamente de blanco, subía y cortaba el *Visco* con una hoz de oro, y lo recojían abajo sobre un albornoz blanco y nuevo. Se ofrecía enseguida el sacrificio de las víctimas y terminaba distribuyendo entre el pueblo los sacerdotes las ramas de la planta, que se disputaban las gentes en atención á sus maravillosas virtudes, pues creían que en la casa en que hubiera algún ramo estaba asegurada la dicha, que producía la fecundidad en la muger, que era un antídoto general contra los venenos y las mordeduras de los animales ponzoñosos y por último, que curaba todas las enfermedades.

Por donde quiera que habitaban los galos ó los vacceos, se tributaban al *Visco* los mismos homenajes, aunque variaba algo el ceremonial según las distintas regiones; pero, ¿qué os estoy diciendo que vosotros no sepais lo mismo que yo, puesto que habeis presenciado ese acto y ya vísteis el respeto y devoción con que el pueblo asistía, y os impresionó el fervor de los sacerdotes y os complacisteis con el lucimiento del culto? ¿Pero qué decís? Es posible que se haya borrado de vuestra mente aquel acaecimiento, al extremo de no conservar la menor idea de él? Pues prestadme un poco de atención, voy á despertar los recuerdos dormidos, presentando ante vuestra imaginación el cuadro que presenciásteis vosotros y con vosotros otras muchas personas que podrán aseverar la fidelidad de mi relato.

Es de noche; pero una de aquellas noches como la que pinta nuestro primer poeta romántico, el inmortal Zorrilla.

Limpia es la noche y callada,
La Luna en el zenit brilla
Como lámpara colgada
En recóndita capilla.
La brisa errante y serena
Mansa suena
Meciendo árbol, yerba y flor.

A nuestra vista se extiende hasta perderse en el horizonte el bosque sagrado de los druidas. Al frente aparece robusta encina cubierta de *Muérdago*, y á su pié la tosca piedra druídica que sirve de altar para los sacrificios, iluminada por la blanca luz de la Luna llena, que sosegadamente difunde sus rayos sobre aquel hermoso cuadro.

Todo es tranquilidad y calma; en el mar de verdura que forman entrelazándose las inmensas copas de los árboles, no se nota la menor agitación; el silencio solo es interrumpido débilmente por los últimos ecos del canto guerrero que ruedan lejanos por los confines de la selva y se apagan poco después por completo.

A poco van llegando y colocándose en torno del altar los druidas con su jefe á la cabeza revestidos de ropage talar, las vestales con sus blancos velos, los guerreros con sus toscas armas y su aspecto feróz, y todo el pueblo galo con sus peculiares vestidos y sus mejores adornos, que vienen á presenciar el ansiado rito de la recolección del *Visco*.

Todo está pronto para la ceremonia, solo falta la presencia de la sacerdotisa que ha de officiar en ella.

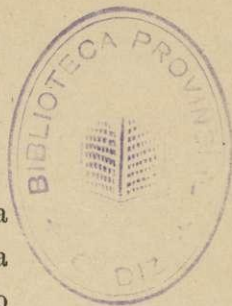
El movimiento y la agitación que se nota en el pueblo, así como las aclamaciones en coro anuncian la proximidad de la primera entre las vestales, que al poco tiempo aparece radiante de juventud

y de belleza, suelta la abundante cabellera, ceñida la frente de una corona de verbena, (yerba sagrada que asociaban al *Muérdago* para predecir lo futuro) flotante el largo velo sobre la túnica blanca como la nieve y llevando en la mano una hoz de oro; parece vista á la luz de la Luna, fantástica aparición de una criatura celestial. Sube á colocarse sobre la piedra drúidica y tiende pausadamente la vista en todas direcciones como abstraída por pensamientos sublimes ó como si escuchara algún genio superior. Abre su boca y con voz dulce y armoniosa y con acento inspirado, anuncia al pueblo suyo la predicción de los Dioses que lee escrita en el cielo, la ruina del imperio Romano, su mortal enemigo.

Luego de haber así aquietado la exaltación de los guerreros, se dispone á cortar el sagrado *Visco*.

Instante solemne aquel en que levanta la áurea hoz para segar la yerba sacrosanta. El astro de la noche ha llegado justamente á lo más alto de su carrera cuando todos los circunstantes caen de hinojos ante la encina sagrada y en actitud fervorosa y recojida esperan la caída del *Visco*, que bien pronto desciende como lluvia benéfica, tapizando de verde alfombra el altar y desbordándose de la piedra, cuelga hasta el suelo en caprichosas guirnaldas. Déjase oír una música suavísima y la sibila se adelanta escoltada por las vírgenes del templo, extiende los brazos al cielo y empieza á cantar la más tierna plegaria, la más sentida deprecación á la Reina de la noche, aquella dulcísima cavatina que ha inmortalizado al sublime autor de *Norma*, el rey de las melodías, el insigne Bellini. *Casta diva* llama la Norma al empezar su invocación, á la diosa que flota en las regiones celestes, y la pide que muestre siempre serena su hermosa faz y que infunda en los corazones del pueblo galo aquella paz y sosiego que esparce en el firmamento.

Y parece como que al escuchar aquel torrente de dulcísimas melodías que fluyen de la garganta de la druidesa, quiere manifestar



la Luna su complacencia enviando hácia la Tierra sus rayos más brillantes y más puros para avivar el sentimiento y sojuzgar completamente á Norma, quien dominada por la belleza del espectáculo trae á su imaginación los recuerdos de su primer amor y la felicidad soñada, que le hacen prorrumpir en aquel magnífico *allegro* digno final del aria y de la escena, bajo cuya impresión se retira Norma al templo de Irminsul y todo el pueblo en su seguimiento conduciendo el sacro *Visco*.

Ya lo veis cómo presenciásteis más de una vez sin duda, los triunfos del *Visco blanco*, cuando la época más esplendorosa de su vida que podríamos llamar su edad de oro. Después, aunque no tan reverenciado, continuó siendo prenda de felicidad. En la Edad Media lo hemos visto presidir los horóscopos dichosos, y en épocas muy próximas, aun no hace dos siglos, en Angers y otros puntos de Francia, cojían los muchachos el *Arfueyo* y lo paseaban por las calles el primer día del año como pretesto para pedir dinero, gritando *¡al muérdago, el año nuevo!* en señal de alegría y felicitación.

Y ahora que sabeis ya su historia antigua, querreis sin duda conocer su condición actual. Yo os la diré, sí, yo os la diré; pero dejadme antes llorar la inconstancia de la suerte, la volubilidad de la Fortuna, lo fugáz de los favores populares. Aquella planta sacratísima de los druidas, aquel emblema de sumo bien terreno que apenas se atrevían á tocar las blancas y puras manos de las vestales y ante quien se prosternaban rendidamente desde el Gran Sacerdote hasta el último de los guerreros, despreciada hoy, abatida, desterrada, puede decirse, hasta de las Farmacias, apenas si en algún laboratorio se vé tirada por los suelos esperando ser pistada, contundida, machacada en sucios morteros y luego exprimida entre las groseras manos de bestial gallego. Su jugo, en otro tiempo preciosísimo licor que producía la fecundidad, y vigorizaba las fuerzas, y derramaba la felicidad en los hogares, y casi casi resucitaba

los muertos ¡oh fábula del tiempo! hoy destinado á servir de base al jarabe que llaman ¡oh colmo de la afrenta!.... *del palito*, y sus virtudes pectorales puestas por bajo de las del palo dulce y la raíz de altea. ¡Qué abyección! *Sic transit gloria mundi*.

*
* *

Ha terminado, Excmo. Sr., con tan lastimosa é inmensa caída, la verdadera historia del *Visco blanco*. Mi objeto al relatarla, ha sido llamar la atención sobre los atractivos que ofrecí el estudio de la Botánica, y ya hemos visto cómo una planta de las más insignificantes, ha cautivado nuestra atención por largo rato y nos ha revelado tesoros que estábamos bien lejos de sospechar. Porque en ninguna población se hace tan necesario como en la nuestra despertar ese amor hácia las plantas, aquí donde parece haberse declarado una guerra de exterminio contra el reino vegetal, cuyos desastres están marcados de modo indeleble en los árboles de nuestras plazas y en los jardines que fueron, de nuestros paseos. Esos árboles benéficos cuya presencia se marca por los servicios que prestan al hombre purificándole el aire que respira, proporcionándole fresca sombra en el estío, hermoseando su morada y perfumándole el ambiente con sus olorosas flores, esos amigos de la humanidad según la exacta expresión de un célebre escritor, se ostentan en nuestras plazas mutilados por frecuentes talas, que así pueden llamarse esas podas vandálicas que demuestran la más supina ignorancia ó un gran desarrollo del instinto de destrucción. A pesar de la enorme resistencia vital que los árboles tienen, han sucumbido en gran número, víctimas de la ferocidad de sus guardadores; otros se ven cariaados hasta la médula por la magnitud de las heridas que recibieron, y de varios, queda tan solo un pedazo

del tronco que fué aserrado por en medio; y aún todavía en la vida lánguida que arrastran deformados, raquíticos, se les vé mustios y secos amarillear y desprenderse de sus hojas marchitas por no llegar á ellos ni aun el agua que suscitadamente han menester para su vida. Tal es el cuadro que ofrecen los árboles en nuestra ciudad para mengua y baldón de los fautores de tales hazañas y para asombro de los forasteros que atónitos no aciertan á comprender la razón de arruinar así el arbolado.

Años hace que éste hado fatal viene ejerciendo su funesto influjo sobre las plantas de Cádiz. Así pereció un monumento histórico de grande importancia, el tradicional Drago de Plinio, el árbol de los Geriones, que lozano y vigoroso á pesar de sus 18 siglos, vivía pacíficamente cuidado con veneración en la huerta del Convento de S. Francisco, y cayó bajo el hacha revolucionaria que en aquel entonces paseó su filo por todos los ámbitos de España, destrozando los más preciados monumentos y destruyendo nuestra gran riqueza artística, dejando tristes ruinas en los parajes en que se alzaban suntuosos monasterios, asombro del arte y envidia de los extranjeros, convirtiendo en informes escombros los primorosos encajes de cláustros afiligranados, los labrados arcos que sostenían las inmensas bóvedas y los riquísimos capiteles de sus magestuosas columnas.

No hace muchos años hemos visto desaparecer los soberbios plátanos de Oriente que sombreaban nuestra Plaza de S. Antonio, testigos que fueron de la epopeya gaditana contra el Capitán del siglo y de los múltiples acontecimientos que en el agitado periodo del primer cuarto de siglo, vió Cádiz desarrollarse dentro de sus muros. Después, las elegantes palmeras que bordaban su recinto y que tan especial encanto daban á la Ciudad vista desde el mar, impresionando agradablemente al navegante que veía destacarse la esbelta silueta del árbol africano sobre el blanco caserío que á

su vez recortaba el brillante fondo azul turquí del firmamento.

Más tarde, en otra racha revolucionaria, vimos á las turbas pasear como trofeos de alegría tiernos árboles tronchados, y caer el álamo secular que cobijaba la pequeña puerta de comunicación entre el Jardín botánico y la Facultad de Medicina, árbol á cuya sombra habían estudiado tantas ilustraciones como han honrado nuestra Escuela de celebridad europea.

Igualmente dejaron de existir los robustos árboles cuyo ramaje entoldaba la pequeña Plaza de Candelaria. Aún conservo grato recuerdo del aspecto que presentaba la plaza á primera hora del día, humedecido su menudo enchinado por el rocío de la noche, iluminada débilmente por la ténue luz del crepúsculo, fresco el ambiente, silencioso el recinto, los pájaros cantando entre las ramas y á lo lejos el rumor del rezo matinal de las religiosas que habitaban el Convento cuya fachada formaba uno de los frentes de la plaza. En ella se veían entre las grietas de las piedras y sobre las cornisas, pequeñas plantitas nacidas por la humedad al abrigo de los árboles; allá también en su hornacina la apoteosis de un pobre obrero, una imagen de San José perteneciente á la Hermandad de los carpinteros, que parecía colocada para prestar aliento y consuelo al pobre trabajador que atravesaba la plaza cargado con sus herramientas presuroso por comenzar su ruda tarea, mostrándole cuán espléndida recompensa obtiene una vida laboriosa, honrada y llena de virtud, por más que sea humilde y oscura durante la existencia terrestre. Al otro extremo casi siempre cerrada la *puerta del campo*, por la que se presentó en el Convento el *Niño pobre* estendiendo su mano suplicante, leyenda que yo contaré en otra ocasión. Todo ya desapareció, cayó el Convento bajo la piqueta destructora y cayeron también los árboles avergonzados sin duda de ver cómo entendían la libertad de asociación y el respeto á la propiedad, los que llevaban estos lemas escritos en su bandera.

También fueron derribadas por aquel afán destructor, las hermosas *Falsas pimientas*, que cubrían las glórietas de nuestra Plaza de Mina, dejando caer sobre ellas su frondoso plumage colgante de menudas y aromáticas hojas color verde manzana, sobre el que se destacaban graciosos racimos de frutos encarnados. Ellas les formaban el más bello adorno por estar siempre verdes, tanto en Invierno como en Verano. Aún pueden verse allí surgiendo de la tierra como pruebas acusadoras, las partes inferiores de los gruesos troncos, que quedaron asomados al aserrarlos por el pié.

Así han sucumbido uno tras otro, heridos por la misma alevémano, casi todos los antiguos árboles, agradables recuerdos de nuestra niñez, y los que aún existen están heridos de muerte por repetidas agresiones.^(*) ¡Manes venerandos de Columela, de Mutis, de Arjona y demás ilustres botánicos gaditanos, mirad cómo se aprecian hoy en vuestra patria á los más útiles y distinguidos de los séres á que consagrásteis vuestra existencia y vuestros afanes! ¡Ved ese jardín de aclimatación, el de la *Cochinilla*, convertido en erial! ¡Ved cómo han ido desapareciendo de nuestros jardines muchas de aquellas plantas de glorioso recuerdo para este noble suelo donde por vez primera se aclimataron en Europa variadas muestras de la rica flora del Nuevo Mundo, que él nos envió como tributo y prendas de sumisión!

¡Qué diferencia entre la conducta dicha, y lo que se practica en el Estado de Nueva Yoreck! Allí hay destinado un día que se llama *el día de los árboles*, á desarrollar en los niños de las escuelas públicas el amor á la vegetación, haciendo que cada uno de ellos plante y cuide un árbol en las calles que carecen de ellos ó en el terreno árido que se ha escogido, con el objeto de embellecer y

(*) Cuando esto se escribió aún no se había realizado la nueva hazaña de arrancar de cuajo á la faz del pueblo los frondosos laureles de India que con su verdor permanente y brillante follage, engalanaban la Plaza de S. Juan de Dios.

formar arboledas fértiles, donde cada ciudadano reconozca siempre con orgullo el árbol que plantó en su tierna edad. Sábiamente impone la Ley esta obligación cuyo cumplimiento es motivo de regocijo para la alegre juventud.

No existen análogos mandamientos en nuestra legislación civil, pero es una verdad reconocida, que la observancia de los preceptos de la religión católica resultan provechosísimos para el hombre aún durante su vida en la Tierra, pues le proporcionan la felicidad que aquí se puede alcanzar, y sin llegar á lo consignado en el Código divino, hasta las leyendas, las consejas, ó las creencias populares embellecidas por el sentimiento religioso, cobran esos mismos privilegios y resultan en beneficio de la humanidad. Así es como la piadosa creencia de los sencillos campesinos, en que á las golondrinas no se las puede matar por haber arrancado las espinas de la corona de Cristo, produciendo el respeto hácia estos animales ha traído bienes sin cuento, por ser inmenso el número de millares de millones de insectos que las golondrinas destruyen en bien de las cosechas y de la salud de las personas. Pues de la misma manera, el haber escogido Dios un árbol que constituyendo la Cruz formó el ara sacrosanta sobre la que se verificó la redención del linaje humano, fué sin duda para que en recuerdo de este hecho el más trascendental que registran los anales de la Historia, se respetaran también todos los árboles, porque todos ellos fueron ungidos adquiriendo inviolabilidad sagrada, cuando lo fué aquel sobre el que salpicó la roja sangre del Cordero inmaculado en el momento solemne de espirar por nuestro amor. Y este respeto es un bien precioso que redunda pródigo sobre la tierra y sus habitantes, porque en él se contienen la purificación de los aires, el saneamiento de los lugares, el embellecimiento y fertilización de los campos, la benignidad, la templanza, el enriquecimiento de un país.

Concretándonos á Cádiz, ¿cuántas ventajas no resultarían de que se vulgarizara este amor hácia las plantas y se tradujera en la vida práctica? Demos suelta á la imaginación y contemplemos el hermoso espectáculo que ofrecería nuestra ciudad querida, ceñida de un hermoso cinturón de parques y jardines que cubrieran su hoy arenoso recinto, formando estenso y amenísimo paseo apropiado para ser disfrutado en toda estación y á cualquier hora del día, coronado con la diafanidad y transparencia de nuestro luminoso firmamento y dominando la inmensidad de nuestro bellissimo mar; él bordeado por alegres plantas trepadoras que formaran brillante vestidura á nuestras vetustas murallas.

Al caminar por nuestras rectas calles veríamos al final el verdor de los árboles en todas nuestras plazas como otros tantos oasis que atrajeran al paseante; embalsamado el ambiente por odoríferas plantas, limpia la atmósfera por los pájaros que atrajeran las plantaciones, de la multitud de incómodos insectos perjudiciales á la salud, oxigenado el aire por la respiración vegetal; aquel estenso arrenal de Extramuros transformado en frondoso bosque de salutíferos árboles que enviaran sobre la ciudad raudales de balsámicas emanaciones, su suelo antes movedizo, sólidamente fijado por las raíces de las plantas y cubierto de fértil tierra vegetal; el molesto viento de Levante que es el azote de este pueblo, no podría arrojarnos esas nubes de incómodo polvo que hoy nos lanza y hasta moderaría su ímpetu y refrigeraría su ardorosa condición si coronamos de árboles las crestas de la sierra próxima.

Hé aquí, Sres., la risueña perspectiva que se revela á nuestra fantasía y que será una realidad tan luego como comprendiendo nuestro interés lleguemos á respetar y proteger y propagar las plantaciones en nuestro término; y ved por qué considerándolo alta cuestión de Higiene, he querido llamar la atención de esta sabia Academia en cuyo seno se cuentan tantos hombres ilustres

por su saber, que con su prestigio é influencia, mucho pueden hacer en pró de esta idea, aproximando ese porvenir que ahora se entrevé como grata lejana ilusión.

Ah! cuál pueblo podría entonces competir contigo en dotes naturales así ya desenvueltas, ¡oh bellísima Gades! con tu suavísimo clima de primavera constante, con tus espléndidos días y con tus noches serenas, con tus aires oxigenados y vivificantes? Quién te ganaría ya ataviada con las galas que te diera el reino vegetal? Porque del mineral ya tienes tu cielo de *lapis-lázuli* salpicado de *plata*, y el *topacio* de tu Sol siempre luciente, y tu atmósfera con crespones de *oro*, y la *esmeralda* de tu bonancible mar. Entonces, cuando todos tus hijos reprueben unánimes los desastres ahora lamentados, entonces más que nunca se probará la razón de que al par de tus nobiliarios títulos, á tí la *Muy noble*, *Muy leal* y *Muy heroica*, te denominen también la *Culta* Ciudad de Cádiz.

He dicho.

José García y Ramos.

Excmo. Sr.: Respetable Academia:

SEÑORES:

Aquella planta parásita que abrazándose al carcomido tronco de añosa encina, mereció ser citada por el renombrado novelista de la Montaña de Santander; aquella planta parásita que el melódico compositor italiano puso en manos de los Druidas, para encarnar una de sus más inspiradas melodías; aquella planta de los Augures y de los Poetas, es la que nos presenta el académico electo Doctor García Ramos, describiéndola como botánico, estudiándola como farmacéutico, y dando á conocer como erudito en otros ramos del saber, las consejas á que ha dado lugar, y las aplicaciones que tiene en la industria.

Pero no se limita tan solo el disertante, sabios académicos, á describir y comentar el simbólico *Muérdago*, sino que llevado por un impulso imaginativo denuncia el desprecio en que lo tienen los tiempos modernos, habiendo perdido el alto puesto que ocupaba en las edades primeras.

De esta verdadera endecha dedicada al mágico talismán de la hechicera, deduce conclusiones utilísimas á la higiene de nuestra ciudad, demostrando el abandono en que se encuentra su arbolado

y la disminución creciente del mismo con menoscabo de la salubridad y del ornato públicos.

Designado por esta Corporación para recibir á nuestro compañero en la solemnidad que nos reúne, acepto de buen grado el tema principal de su trabajo, como fundamento á su vez del que tengo el honor de presentaros, y fijándome por tanto en el estudio del *viscum quercinum*, como ha hecho mi sabio amigo, me propongo demostrar:

PRIMERO. La utilidad de no cercenar de nuestra Farmacopea los remedios antiguos, solo por su antigüedad.

SEGUNDO. La importancia de la Terapéutica contemporánea, suprimiendo sustancias farmacológicas inútiles que hacían á la Terapéutica incompatible con todo trabajo de caracter científico.

El *viscum quercinum* que tan alejado se encuentra hoy de la farmacología, merece que se le recuerde como miembro del grupo de los demulcentes y mucilaginosos, que no es tan atendido como en realidad debiera ser; y conviene al mismo tiempo que se le tache en la lista de los medicamentos utilizables, porque mientras no se encuentren en él, otras propiedades que las conocidas hasta el día, puede y debe sustituirse con otras drogas tan útiles ó más que la que nos ocupa, y de acción terapéutica más precisa.

Tratando por el éter ó la Liga ó Liria producto del vegetal citado, nos encontramos con dos sustancias hidroxí-carbonadas que son la *Viscina* y la *Viscosina*, ó como otros le llaman la *Viscaoutchina*.

Tales principios deberá recordarse que dicen son similares á los que encontramos en los jugos de varias plantas, y así tenemos á la arabina en la goma arábica; á la cerasina en la del país, á la basorina en la de tragacanto, y al debatido principio de los mucílagos; feculento según Smith; compuesto de materia amilácea y sales orgánicas de base calcio como nos dice Liebig; análogo á la

arabina al parecer de Gerhardt; á la basorina como es opinión de Wurtz; arabide de Berthelot, etc., etc.

Es indiscutible pues, que lo importante hasta el día en el *Viscum*, son los cuerpos gomosos ó mucilaginosos que contiene; y no lo es menos, que así como la aplicación de tales cuerpos, desde un punto de vista general, es de una utilidad incontrovertible en Medicina y de racional manejo, la aplicación de la viscosina, sustituyendo á los indicados en el párrafo anterior, huelga por completo.

Vamos á probar en primer término la importancia real de las gomas y mucílagos en Terapéutica, y para ello empecemos por ocuparnos de su acción inofensiva en el organismo.

La composición de tales cuerpos ($C^6 H^{10} O^6$) *x* nos está demostrando que son hidratos de carbono, incluíbles en la serie grasa, y que pueden referirse á los poli-glucósicos, los cuales están desprovistos de toxicidad, en el sentido convencional en que se usa esta frase.

No desconocemos que en el estado natural en que se encuentran estos cuerpos, su composición es mucho más compleja; pues constituyen sales de base calcio, potasio y sodio, siendo el ácido gummico ($C^{36} H^{66} O^{35}$) el ácido más conocido que las constituye. A pesar de esto debemos admitir, que los indicados gummatos son perfectamente inofensivos; pues está comprobado por la experiencia de su general aplicación empírica, y por las investigaciones que se han practicado sobre tal cosa, y muy especialmente por las efectuadas por Voit.

Refiriéndonos á estas últimas, que condensaremos en el inmediato párrafo, probamos nuestra proposición al penetrarnos que no son cuerpos irritantes, ni menos cáusticos: que de sus transformaciones en el organismo resultan cuerpos desprovistos de acción tóxica; y que al ser influidos por los agentes modificadores del

tubo digestivo, los cuerpos que resultan son perfectamente asimilables.

Las gomas en una disolución ácida de jugo gástrico y en presencia de la pepsina, como también de una solución de jugo intestinal y en presencia de la pancreatina, se transforman en glucosa, mientras que los mucílagos sufren la fermentación ácida. Tanto las unas como los otros se absorben con gran rapidez.

Queda, pues, demostrado lo que deseábamos.

Entiéndase bien, antes de abandonar este punto, que el alcance que tiene la inocuidad de todas las sustancias, reconoce siempre límites muy precisos, y que del abuso de las gomas y mucílagos pueden sobrevenir estados apépsicos, traducidos por pérdida del apetito y sensación de plenitud gástrica. ¿Pero qué alimento, no digo ya agente medicamentoso no puede perturbarnos? El mismo aroma de la carne asada que tanto nos estimula ¿no es la xantocreatinina, cuya acción tóxica está perfectamente comprobada?

Al continuar desarrollando el tema que nos hemos propuesto, y una vez demostrado que las gomas y los mucílagos son inofensivos para la economía, vamos á ocuparnos de las indicaciones que satisfacen en Terapéutica, y de la importancia que tiene por lo tanto la medicación demulcente.

Pasemos por alto el papel que como substancia alimenticia ejercen las gomas al ser ingeridas; pues si bien Voit lo sostiene en sus investigaciones practicadas en 1574, y se afirma que tribus enteras del Africa viven algunos meses alimentándose solo con goma arábica, no es este, sin duda alguna, el valor terapéutico de tales cuerpos, en cuanto existen otros medios de alimentación suficientes, para no tener que recurrir á las gomas, ni á los mucílagos.

La indicación insustituible de tales agentes consiste en de-

volver á las membranas mucosas sus condiciones perdidas, bien por la escasez de moco, bien por la perturbación de sus propiedades.

El moco como sabemos, tiene una gran importancia sobre el funcionalismo de las membranas en cuestión; pues faltando este ó perdiendo sus caracteres, pierden estas las facultades que poseen.

Donde quiera que exista una membrana mucosa, reconocemos una cantidad de moco que sirve para amortiguar la sensibilidad de la superficie libre de la membrana; como también para envolver las partículas que á las membranas puedan llegar, entregándolas algunas veces á las pestañas vibrátiles y volviendo á salir por las mismas aberturas que penetraron.

Cuando el moco falta ó está perturbado, aparece un cuadro de síntomas de más ó menos intensidad, según la porción de membrana que sufre, ó el grado de alteración que está experimentando.

Desecada la cámara posterior de la boca y sobre todo la pared posterior de la faringe, quedan sin protección las terminaciones del nervio faríngeo superior, y los menores estímulos hacen estallar un acceso de tós, experimentando los enfermos un escozor ó cosquilleo tan desagradable, y una tós tan insistente y tan chillona, que puede confundirnos con un padecimiento del aparato respiratorio, sin que al efecto exista en él la perturbación más ligera.

En casos tales, lo que nos importa en primer término, es restituir las condiciones normales de dicha mucosa, y para ello se impone antes que nada el proporcionarles natural ó artificialmente una capa protectora que modere el contacto de los cuerpos que á ella lleguen. Es indiscutible que como no está en nuestras manos hacer que una membrana adquiera rápidamente las condiciones normales de su secreción, una vez perdidas estas, tenemos que buscar un artificio, y así como en la herida y más en la úlcera aplicamos so-

bre ella una capa protectora que sustituya á la epidermis, nosotros en el caso concreto de alteración mucosa de que nos ocupamos, no tenemos más medios que los mucílagos ó las gomas que cubran la superficie de la membrana. En tales casos es donde han prosperado tantas pastillas, tantos jarabes y tantos específicos, sin tener muchos de ellos más acción que la que puede tener una bola de goma en la boca, ó unas cuantas cucharadas de jarabe gomoso ó de un mucílago cualquiera.

Hay toses abrumadoras que se calman con el look clásico, con la helicina con leche, con las pastillas de carragaen, con el liquen islándico y la leche de burra, y con esta sola tomada por la mañana, y la terapéutica moderna está en su lugar respetando la acción demulcente de tales preparados, y quitándoles la máscara que les simula propiedades especiales y ocultas, siendo así que pueden todas desaparecer de las oficinas de farmacia, con tal que nos quede alguna goma y algún cuerpo mucilaginoso de acción inofensiva.

Debemos recordar, que el embadurnamiento que hacemos en la faringe, base de la lengua y regiones glosolaríngeas, para amortiguar las impresiones del laringeo superior y entorpecer el reflejo tos, solo nos sirve para combatir la que procede de un modo directo de una afección faríngea, lingual ó glosolaríngea, ó bien para restar estímulos de aquellas toses, que provocadas por lesiones laríngeas ó infra laríngeas, encuentran un refuerzo en la corriente sensitiva que pueda nacer en la faringe; pero que de ningún modo los demulcentes tienen más acción que la que ejercen por su contacto, y por consiguiente no influyen de ningún modo favorable, ni sobre los bronquios, ni sobre los pulmones. Esto es tan indiscutible, en cuanto ya hemos dicho las transformaciones que sufren estos cuerpos en el tubo digestivo antes de ser absorbidos; y además que está probado, que aunque pudiéramos suponer la absorción de las gomas por ser filtrables, gomas y

mucílagos se queman rápidamente en el organismo, dejando ya de ser cuerpos demulcentes, y eliminándose como cosa bien distinta de lo que eran. ¡Qué fárrago de tisanas, pociones, cocimientos de vegetales mucilaginosos, llenaban y aun llenan el estómago del pobre enfermo de pecho con el fin de mitigar la inflamación que sufren bronquios, pulmones ó pleuras!

Es evidente á todas luces, que no perdemos nada, sino que al contrario quitamos estorbos de enmedio, tachando á muchas de estas preparaciones, como el renombrado é indigesto cocimiento pectoral de la Hispana en el tratamiento de una bronquitis ó de una pulmonía.

Pasemos á ocuparnos del tubo digestivo, en el cual podemos actuar más directamente y con mayor extensión, manejando los remedios mucilaginosos.

Si necesario es el moco en la mucosa de las vias aéreas para que pueda resistir el continuado paso del aire, sin detrimento de su textura, necesario le es á la del tubo digestivo, que de constante recibe cuerpos más ó menos sólidos; más ó menos irritantes; más ó menos calientes, sin poder acusar noticia al cerebro de lo que le acontezca; pues las funciones digestivas no deben sentirse.

Sucede sin embargo, que un riego aumentado de sangre ó una disminución del normal, aminoran la formación del moco, y en cuanto esto ocurre, las terminaciones de los nervios sensitivos acusan el dolor ó la simple molestia; las contracciones gastro-intestinales no responden armónicamente á su papel; los jugos digestivos pervierten su composición, y las sustancias alimenticias, ni se transforman como deben, ni se absorben como es necesario.

Pues bien, clínicos y terapéutas de renombre entienden, que en muchas de las perturbaciones del tubo digestivo, la falta de moco es uno de sus factores más importantes, y así nos dice Husemann, que en las afecciones diarréicas debería primero recurrirse

á la emulsión gomosa, antes que á la tintura de opio, como se hace por regla general.

¿Qué es lo primero que cuidamos cuando un trozo de piel se inflama? ¿No aplicamos sobre ella ciertos medios que eviten el contacto de agentes que puedan aumentar la inflamación? Pues si espolvoreamos la piel que se hiperemia ó flogosea con polvos inertes, ó la cubrimos de colodión, ó la protegemos con algodón, cubramos de moco artificial la mucosa digestiva que padece, con sustancias tan inofensivas como los mucílagos y las gomas. Dicen los enfermos encomiando prácticas tradicionales, que el cocimiento de altea, de malvas, de pan y arroz y de otras sustancias análogas, les refresca; y están á la misma altura que cuando las señoras defienden la aplicación de los polvos inertes de tocador, como refrescantes de la piel. Ni los unos ni los otros medios disminuyen temperatura; pero como las terminaciones sensitivas de los nervios cutáneos y mucosos, traducen muchas de las injurias que sufren en sensación de ardor, de quemazón, resulta que cuando llega un cuerpo que los protege y dejan de ser estimulados, cesa el ardor que experimenta el sujeto, y el medio que se lo quita, parece que lo refresca.

Aquí vá envuelta una lucha que en la práctica tenemos de constante, y que son resabios de antiguas doctrinas en unión con noticias erróneas que nos dan ciertas sensaciones. Lucha que consiste en la entidad *irritación*, la *exigencia de refrescos* y el *mal estado de la sangre*. ¡Irresistible trípode que nos cuesta algunas veces más trabajo vencer para emprender una medicación oportuna, que nos costaría vencer la enfermedad, si el enfermo no estuviese encariñado con las reminiscencias del humorismo y de la escuela fisiológica!

Creemos ya un poco extenso, para el objeto que perseguimos, continuar en el estudio de la medicación mucilagínosa; pues no



habremos de olvidar, que el fijarnos en ella no ha sido con otro fin, que el de demostrar la utilidad que nos reporta conservar ciertos remedios antiguos, por muy antiguos que ellos sean; y vemos que todo el fárrago de tisanas, de jarabes, de pociones que algunos médicos contemporáneos miran con cierto desprecio, engreídos con la doctrina exclusivista y altamente nociva á la alcaloidoterapia, prestan verdadero servicio bien manejados, y no hay otros medios que puedan sustituirlos.

Debemos ser respetuosos con lo que la tradición nos lega, y analizarlos bien antes de archivarlo como simple recuerdo, que no poco de lo antiguo es aprovechable, y mucho de lo que no puede usarse nos ha descubierto nuevos recursos.

¿Qué cosa más inútil al primer golpe de vista que todos los ungüentos, emplastos y pomadas que llenaban la mitad de la vasija de las antiguas farmacias?

¿Puede hoy admitirse en buena terapéutica que el aceite de alacranes haga orinar; que el de manzanilla corrija trastornos intestinales; que el ungüento de altea quite un dolor; que la manteca sin sal combata los dolores cólicos, etc. Y ¿acaso nos atreveremos á decir que estos medios no han sido coronados de éxito muchas veces? Tanto éxito han alcanzado como la mano del mellizo, del que ha nacido en Viérnes Santo, del que tiene gracia, del embaucador ó del ignorante, combatiendo mil afecciones por medio de pases más ó menos enérgicos.

¿Qué otras cosas sino éstas han estado enseñándonos á través de los años la gran importancia del masaje, práctica moderna de mayor interés cada día?

Pero hay más, obras de terapéutica existen, cuyos autores, constituidos en Pontífices supremos de la ciencia, y con horror á mirar á lo pasado, tachan un sin número de cuerpos, calificándolos de inútiles.

Ojeemos á Notnagel, y pronto se comprobará por quien quiera lo que acabamos de decir.

¿Tiene fundamento el eminente terapeuta alemán para proceder á semejante poda?

Precisamente en el último congreso médico celebrado en Berlín, se han vindicado dos sustancias de las excluidas: el almizcle y castoreo. Y en contraposición al desprecio en que se las tuvo como muebles viejos, se las quiere hoy llevar á la terapéutica racional diciendo, que habiéndose descubierto la espermina, leucomaina de los testes, y teniendo este cuerpo una acción excitante enérgica sobre el sistema nervioso, el almizcle y el castoreo, como sustancias procedentes de dichos órganos, la contienen en bastante cantidad y á esto deberán su acción.

Ahora bien, una cosa es que la terapéutica de ayer nos esté enriqueciendo hoy y por lo tanto merezca respetuoso estudio, y otra que descartemos con provecho para la ciencia y para la humanidad, muchos de los medios que nuestros antepasados consideraban como buenos.

Volvamos á nuestro viscum y veamos lo que hoy se merece.

El célebre Marojo lo hemos incluido entre los mucilaginosos, siguiendo el criterio de sus últimos comentadores; pero bien nos advierte el académico neófito, que era considerado el arfuego como sustancia de múltiples efectos, y esto acontece con muchas sustancias mal estudiadas, que deben eliminarse de nuestro arsenal, mientras no les favorezcan tiempos mejores que pongan á la luz del día sus verdaderos efectos.

Hemos dicho en párrafos anteriores, que la sustancia mucilaginosa del viscum es la viscosina, y ahora que entramos de lleno á descubrir sus propiedades nos preguntamos: ¿La viscosina es mucilaginosa? En verdad que estudiándola con cierto detenimiento advertimos, que los verdaderos principios del parásito en cuestión

son la *viscina*, la *viscosina* y cuerpos céreos, y que tratada las dos sustancias primeras no responden como las pertenecientes á las gomas y mucílagos.

Destilando el jugo de la planta aparece otro nuevo cuerpo, el *visceno*, y si tratamos á los dichos principios por la sosa, nos encontramos con el viscinol y con un ácido, el *ácido víscico*, que entra á formar sales de base sodio.

¿Qué nos indica la terminación de estos cuerpos? ¿No comprendemos que hay algo mas que hidratos de carbono de los que constituyen á las gomas? ¿No nos explicamos el fundamento que tengan las acciones distintas que al visco se le atribuye? ¿Es legítimo manejarlo como mucilaginoso? Posible es que no posea principios fijos, viviendo, como lo hace, á expensas de varios seres, y ¿Estamos autorizados á manejar un remedio que desconocemos su composición, y no sabemos nada de sus efectos?

Puede decirse al muérdago, como deducción lógica de lo expuesto, que carece hoy de condiciones para que lo empleemos; pues mientras se le han atribuido propiedades que no tiene, él oculta las suyas propias.

Nos estamos ensañando, Excmo. Sr., con la modesta planta que ha sabido acomodarse á servirle solamente al cazador de pajarillos, y á perder toda su preponderancia, y no advertimos que hay multitud de remedios que merecen la más completa excomuni6n del seno de los medicamentos útiles, unos por innecesarios y otros por perjudiciales.

Permitidme un momento más para defender la segunda parte de mi proposici6n.

¿Quién no recuerda, después de los trabajos de Pasteur, Lister y Koch, haber visto recetar y hasta sufrir la tentaci6n de hacerlo el cocimiento antiséptico de quina de la farmacopea española?

La raiz de escorzonera, las semillas machacadas de cidrá, la

corteza peruviana, la raíz de contrayerba y la miel de sauco. ¡Qué combinación más peregrina para combatir un estado séptico, y fiado en ello no recurrir á otros medios racionales, poniendo á prueba de pócima polifarmaca el tubo digestivo del pobre enfermo!

Por otra parte se hace tan necesario condenar por completo los remedios á que aludo, que yo soy el primero, que en caso de verdadero compromiso para la vida he recurrido como agente de curación, á la confección gentil cordial, cuyo nombre pomposo y hasta de saber romántico, no puede recetarse en buena lógica, sin peinar peluca, vestir capa y espada y desconocer la aplicación del vapor. ¡Devolver la vida al agonizante con perlas, jacintos, rubí, cuerno de ciervo, palo aloe, canela, azafrán, clavos de especia, albahaca, verdolaga, escarola, corteza de cidra, borraja, budosa y sándalo rojo!

¡Existiendo café, digital, estrofantus, nitro-glicerina, vino, etc. recetamos por hábito para conjurar la agonía, una ensalada picante con otras cosas inútiles!

¿Pero qué nos va á extrañar todo esto, si para un dolor que nos proponemos combatir, mandamos que se aplique el enfermo una fricción de bálsamo tranquilo, que conteniendo 22 sustancias vegetales entre las que fraternizan, como la cosa más natural, la pimienta con la belladona, entran en la fórmula 15 sapos vivos que se frien en aceite?

Estoy molestando la atención de V. SS. con estos detalles poco amenos, pero no puedo resistir al deseo de que consideramos juntos al pobre enfermo, que teniendo un tumor, ya operable y que conviene evitar que aumente, ya inoperable y que es preciso cuidar de que no se irrite la piel, tiene la desventura, que por un recuerdo de la medicina tradicional, se vea con un parche que lecubra toda la tumurosidad de un emplasto de ranas ó de ranas con mercurio, encomendándole por tanto á que resuelva el dicho

proceso á.... ranas vivas, lombrices terrestres, raíces de gergos, de enula, de eneldo, de manzanilla, flores de espliego, matricaria meliloto, esquenanto, cantueso, aceite, litargirio, manteca de cerdo, de oso ó de víboras, aceite de laurel, cera amarilla, estoraque líquido, trementina clara y polvos de incienso, euforbio, mirra, azafrán y espinacardo!

Bien podemos aceptar los ejemplos anteriores al que acabamos de señalar, como de remedios inútiles (si es que la inutilidad en el remedio no envuelve perjuicio) mientras que el emplasto de ranas solo ó con mercurio puede considerarse como algo más que inútil, pues lleva consigo el perjuicio directo de que pase la oportunidad de intervenir quirúrgicamente, irritando la piel y poniendo en peores condiciones la región en que se aplica. Pues bien, existen sin duda muchos agentes mal llamados curativos, que su carácter principal consiste en el notorio daño que ocasionan en el sujeto á quien se les administra.

Sin mencionar ningún medicamento enérgico, porque perdería carácter este trabajo, si traspasáramos el modesto lugar que ocupa la planta que nos ha movido á escribir estos renglones, fijemos atención en unos preparados farmacéuticos que tienen también estrecho parentesco con las propiedades asignadas al visco.

Me refiero á los aglutinantes.

Nada más vulgarizado, ni más inocente al parecer, que el tafetan adhesivo, tafetan gomado, que lo mismo ocupa un lugar en la cartera del médico, que en la de cualquier persona prevenida que lo lleve para lo que se pueda ocurrir. A igual tenor, y subiendo en categoría, hagámonos cargo de muchos preparados aglutinantes que se usan solo por el cirujano para unir heridas de alguna importancia.

Si en la composición de tales preparaciones no entra, como sucede en los más, algún cuerpo antiséptico, dedicamos para cu-

brir las heridas un trozo de lienzo que lleva una capa de un hidrato de carbono algo adhesivo, aun sin estar mojada, y por lo tanto capaz de retener las partículas que á ella lleguen. Esto es, un cultivo seco, una placa de las usadas en los laboratorios, que se va á poner en contacto con el aire, las manos de los que la manejan, todos los objetos que le toquen, y la piel del que se haya herido. Así las cosas, tenemos á nuestra placa sembrada de antemano, en contacto con la solución de continuidad que le ofrece humedad, temperatura y alimento para que se desarrollen las colonias, y se trasplante sin dificultad el ser ó seres que ella tenga, en el interior de la herida.

Hay hojas de tafetán, que todo el que esté algo habituado á ver los cultivos secos, vé colonias sin necesidad de recurrir al examen microscópico.

¿Es compatible este abandono con los rigores de la medicina antiséptica? ¿Se necesita que la herida sea muy extensa para que los esquisófitos patógenos infeccionen un territorio orgánico, ó el organismo entero?

El inocente tafetán es tan peligroso y puede causarnos tanto daño, fuera parte de los trastornos locales que en la superficie traumática origine, que lo consideramos sin disputa de mayores consecuencias que las que tienen los trapos usados, que como talisman incalculable guardan en las casas, para cuando hay que curar una herida ó una úlcera.

Bien puede apreciarse, que no estoy comentando medicinas de antaño, queriendo buscar fantasmas para combatirlas, como Quijote de la época actual; no son por cierto los polvos de cráneo humano; ni la uña de la gran bestia, ni la sangre de gallo matado á mano airada, ni siquiera la renombrada y cuasi contemporánea Triaca magna del Real Colegio de Farmacéuticos de Madrid. Son medicinas que se recetan y se despachan todos los días, y que no

me parece exagerado sostener, que ni es un exceso de novelaría, ni una irrespetuosidad á la tradición, el afirmar á ciencia y conciencia que las tales fórmulas, no pueden incluirse, ni dentro de la terapéutica empírica, ni mucho menos en la terapéutica racional.

He aquí, Sres. Académicos, cómo ha dado origen la planta sagrada, á que el Dr. García Ramos nos ofrezca una bien escrita y amena memoria que venga á denunciar el abandono en que se encuentra la vegetación de Cádiz, y á que yo os ofrezca otro trabajo, que sin tener las excelentes condiciones del primero, esboza un tema importante de Terapéutica trascendental:

Estudiar con detenimiento la medicina antigua para utilizar cuanto de bueno contiene, y para eliminar por completo lo que nos estorba como inútil y lo que nos dañifica como nocivo.

Entrambas memorias vienen á contribuir á la realización del acontecimiento gratísimo que celebramos. El inteligente compañero que va ocupar un lugar entre nosotros, no solo nos enriquece con sus valiosas condiciones personales, sino con el auxilio de nuestra facultad hermana, la Farmacia, de la que puede decirse lo que de la mano en cirugía.—Manu qua, auxilio quo.

HE DICHO.

Benito Alcina y Rancé.

